tino, en ese cielo ligero y bondadoso para ellas, las rimas sonaban, subían como flechas de oro.

-¡Qué hermoso es, Dios mío!, murmuró la mucha cha extasiada.

Llegaban á la masía de Charlon, en la que se oían alegres voces animadas. Ante la casa estaba espléndido; toda la laguna iluminada, el estanque y los canales llenos de estrellas, atravesados de parte á parte por la luna.

—Buenas noches, Zia, le dijo Enrique muy bajo á la muchacha, cuya frente se erguía radiante, misteriosa y blanca como una hostia... Cuando vuelvas á la cabaña leeremos juntos los poetas; ya verás cómo los poetas nos salvan.

CAPÍTULO IV

Un hermoso domingo de Febrero en que debía tener lugar una corrida y ferrada en las Santas Marías del Mar, estaba Charlon bien temprano á la puerta de su casa dando de beber sendos vasos de carthagena (1) á dos guardas de bueyes bigotudos con la cara quemada por el sol, faja á la cintura y encajados los pies en inmensos estribos; tenían atrahillada una yegua blanca y fina que excitaba á sus caballos. Precisamente Danjou aquella mañana volvía del acecho de chorlitos y

⁽¹⁾ Vino cocido muy dulce, parecido al moscatel.

venía, como de costumbre, á dejar la caza al paso en la mesa de cocina de la masía.

El guarda corrió á su encuentro.

Vé, señorito Enrique; adivine usted para quién es esta potranca con tanta gualdrapa de seda y oro... No se la doy á usted por ciento ni por mil...

—Calla, gran necio... le dijo Naïs apareciendo bajo una capa de terciopelo bordado, que databa de su boda, y un corpiño azul rey, que hacía más amarilla todavía su cara alargada por la fiebre, con rasgos pronunciados y ojos ribeteados demasiado grandes. Por fin se dejaba ver la hermosa Naïs; pero no parecía muy orgullosa por ello, y sobre la alta silla sarracena, en la que ondulaba su delgado talle entre los caracoleos de la yegua, daba lástima oirla decir, volviéndose vergonzosa:

-Por Dios, no me mire usted; no soy la misma... Me avergüenzo de sertan fea. —¡Oh, Provenza! ¡Oh, tierra del amor! ¿Dónde están tus campesinas, las hijas de granja, que devora como á las tuyas la pena de perdér su hermosura?

Charlon protestaba, ponía á los guardas por testigos de la gracia de su mujer, de la habilidad con que se mantenía en la silla y galopaba alrededor del redondel señalando con el enrojecido hierro á los toros de una ganadería.

—Hace Ud. mal en no venir á ver éso, señor parisién, porque vale la pena... ¡Zou, vamos! Les llevo á los dos, á Zia y á Ud., en el carricoche.

-Gracias, por mi parte, hermano, dijo la muchacha, ocupada en colocar en la cocina el frasco de carthagena y los vasos de los behedores... Gracias: me quedo con Mamette en casa.

—Pero cómo, ¿no vienes á la ferrada? Naïs, desde lo alto de la silla, replicó con dureza:

-Déjala, puesto que es su gusto.

Desde el día en que Zia volvió sin celebrar su "buen día", las dos hermanas cambiaban entre sí continuamente palabras duras y miradas frías. Charlon, á quien molestaba el enfado de las mujeres, se apresuró á hacer notar que si tampoco el señorito Enrique iba á la ferrada, la pequeña le haría en su ausencia un frito de pescado, que se chuparía los dedos. Le hacía casi tan bien como su hermana Naïs.

A lo que la hermana Naïs espoleó á su montura llena de cólera.

—Buenos días todos, dijo ya lejos. Y detrás de las cintas flotantes de su toca^{*} los potros Camargueses galopaban, la crin al viento y barriendo con sus largas colas la fina hierba.

Hacia el centro del día, Danjou, tendido en el césped al borde del Vacarés, se preguntaba con inquietud al oir estrellarse á su alrededor las pequeñas olas de aquel mar interior: —¿Qué tengo? ¿De qué proviene este aburrimiento, este encogimiento de corazón? Diez días que París me deja tranquilo. No pienso en nada, nada echo de menos. Unas semanas más de este completo Nirvana y podré creer en mi curación... Entonces ¿por qué tengo esta tristeza hoy?... ¿Porque había pensado pasar la tarde con Zia leyendo versos ante la cabaña, y la muchacha no ha querido, pretextando un fuerte dolor de cabeza que la obligaba á estar en la masía?

Después de todo, puede que sea verdad; la palidez, la expresión dolorosa de su mirada al dejarme... á menos que la pobre no haya vuelto con su enfermedad...

De este modo se cruzaban en su espíritu mil contradictorias ideas, mientras á sus pies se rompían las olas del lago en la ribera algo alta y cubierta de un verde aterciopelado, con una flora original y fina, oyendo los cencerros de un rebaño

UNIVERSIDED OF BUTTALE ON BIBLIOTECH UNIVERSITY THATA "ALFOANS HEYES" Ode. 1626 MONTERREY, MEXICO

de caballos salvajes acercarse ó alejarse, dispersos y perdidos en la ráfaga. De pronto, al levantar la cabeza por entre un macizo de azuladas ensaladillas, apercibió á Arlatán, el guarda, cuya blusa hinchaba el viento, andando á largos pasos hacia su choza; cuando llegó á la puerta, trepó á lo alto del guin chadou, especie de primitiva escala, de rústico observatorio muy elevado y que sirve para vigilar el rebaño.

Apenas bajó, una mujer cubierta hasta los ojos con una manta color hoja seca, daba la vuelta al chozo, en el que entró bruscamente en seguida que el guarda. Aunque pasó rápidamente y muy tapada, en no sé qué gracia de movimientos y de juventud, Danjou creyó reconocerla. ¿Zia... en casa de aquel viejo loco? Nunca, imposible... ¿Qué iría á hacer alli?... Sin embargo, ¿quién sabe?...

Recordó el extremecimiento de la joven bajo la cínica mirada de Arlatán la noche en que el guarda los sorprendió al amor de la lumbre, y la sospecha que tuvo un momento de una posible aventura entre Zia y aquella antigua belleza de la llanura. Para saber la verdad no había más que andar doscientos ó trescientos pasos entre las siembras, y presentarse de pronto...

A los primeros golpes dados en la puerta, nadie contestó. Volvió á llamar, y esta vez vino á abrir el guarda con la cabeza descubierta y calzado con grandes botas de fustán verde. Erguido y sonriéndose con orgullo y sin la menor sorpresa por el visitante que llegaba, le dijo:

-Entre usted, querido amigo... Mientras se dulcificaba su ronca voz, en la brillante ranura de sus ojos se leía bien claro: "Puede Ud. inspeccionarlo todo, revolverlo todo. Lo que Ud. busca no está aquí."

—¿No ha ido Ud. á la ferrada, señor Arlatán? preguntaba el parisién algo despistado al encontrarse solo con él en la única habitación que su mirada había inventariado en un momento. El guarda se encogió de hombros.

—¡Ah! vaï las ferradas... demasiadas he visto. Empujó con la bota una maleta elaveteada de grandes elavos de cobre que había en el centro de la pieza entre dos escabeles, cogió uno de esos rústicos asientos tallados del tronco de un sauce y presentó el otro á Danjou con un gesto grave, enfático, al cual parecía haberse acostumbrado en el vasto decorado camargués.

—Todo lo que ve Ud., dijo con orgullo, desde el techo á los muros de la casa, lo he hecho yo. Este escabel de madera en que está Ud. sentado, esa cama de trenzado mimbre allá en el rincón; estas antorchas de resina virgen, ese hogar construído con tres piedas negras, hasta el mortero donde machaco mis plantas medicinales, hasta la cerradura de la puerta y su llave de la misma madera blanca, todo es obra mía.

Siguió la mirada de Danjou en dirección á la maleta.

-Esto, por ejemplo, no es fabricación mía... es lo que yo llamo mi tesoro. Pero con el permiso de Ud., de eso hablaremos otro día; hoy no estoy de humor... ¡Ah! querido amigo, habla Ud. de ferradas... en esa maleta tengo medallas y certificados de alcaldías y moñas arrancadas á los más renombrados toros. La última, la gané en las arenas de Arlés, hace precisamente diez años el domingo que viene; la cogí entre los cuernos de un toro español, un colorado rabioso que había destripado centenares de cristianos. ¡Ah! ¡qué bicho! Le hice ver los regates que quiso y como quiso, á la landesa y á la provenzal, consintiéndole y apartándome le salté con la garrocha á lo largo y á lo ancho, luego le atrapé por los cuernos y con un golpe de costado, ¡zóu! las cuatro herraduras à lo alto en medio del redondel. Se llamaba Musulmán.

Mientras hablaba, el guarda se había levantado y acompañaba su historia con mímica teatral. Danjou, siempre sentado y pensando en su requisa, se ingeniaba para prorrogar la entrevista.

—Es raro, Sr. Arlatán; todos los conductores de ganaderías que veo llevan en la frente ó en las mejillas alguna señal de cornadas. ¿Usted no tiene nada?

Arlatán se irguió:—Nada en la cara, joven. Pero si viera Ud. el cuerpo... Tengo aquí en el lado derecho, un recuerdo de Musulmán, un chirlo de palmo de ancho... Precisamente una de vuestras parisienses me lo remendó... la misma noche, añadió guiñando sus picarescos ojillos.

Danjou se extremeció.

-¿Una parisiense?

—Y guapa... y célebre... lo que no la impidió pasar dos días conmigo por los sembrados... El amante de Magdalena Ogé tuvo deseos de preguntar: ¿Era cantante por casualidad? Pero la vergüenza le contuvo.

El otro prosiguió con aire distraído:

—El retrato está ahí, en el tesoro, una mujer soberbia, desnuda hasta la cintura. Si da Ud. media pistola se le enseñaré un día de estos, con muchos más; pero ahora le ruego me perdone, tengo que preparar un bálsamo verde... Porque ya sabrá Ud. que me ocupo de medicina ilegal, como dice el Dr. Escambar de las Santas Marías de la Mar... Hasta pronto, querido camarada. Y cerró la puerta en cuanto salió, con maliciosa sonrisa.

Fuera, declinaba el día. El mistral le saludaba con alegre serenata que enloquecía toda la campiña, haciendo flotar colas y crines, relinchando los garañones y haciendo sonar las cencerras en aquella inmensa llanura sin obstáculo, que su potente soplo parecía aplanar ensanchándola. Hasta el confín del horizonte, el Va-

carés resplandecía, se veían en él grandes garzas recortadas sobre el cielo verdoso como débiles jeroglíficos; flamencos de blancas pechugas y sonrosadas alas alineados para pescar en la ribera disponían sus diversos matices en una larga banda símétrica. Pero toda esta magia de la hora y del paisaje se perdía para el desgraciado joven que entraba en su casa sin pensar más que una cosa, sin ver más que una cosa, el retrato de su querida en la maleta de aquel boyero, porque ni un momento dudaba que fuera el de Magdalena.

Ciertamente no son raras las parisienses capaces de exaltarse por un falso matador; pero la coincidencia de la estancia de la cantante precisamente en aquella época, aquel capricho brutal y cínico entraba en las costumbres de la muchacha... hasta aquella vaga tristeza de que buscaba la causa hacía poco... ¡No! La duda le parecía imposible. Una vez más que le

diría llorando, apoyada en sus hombros: "¡Era antes de conocerte, Enrique mío!" El hermoso Armando también había sido antes de conocerle. ¡Antes, mientras y aun después! ¡Ah, infame!... Y él que se creía curado de aquella pasión arraigada, y libre ya de sus insanas fiebres... ¡Qué necesidad tenía de entrar en casa de aquel hurón! Ya que había hecho tanto, ¿por qué no ir hasta el final, tener una prueba, el nombre de la mujer, su retrato? ¿Qué imbécil orgullo le había contenido? Comprendía perfectamente que acabaría por eso, porque no podría vivir en aquella opresora incertidumbre.

Conocía esos accesos de baja envidia, comezones, visiones, noches de delirio. ¡Pero venir á buscarlos en el fondo de la Camarga, en pleno desierto!...

—... Ya está aquí el señorito Enrique dijo una voz en la sombra, á algunos pasos.

Llegado á su habitación, donde Char-

lon y su mujer le esperaban impacientes de vuelta de la ferrada, Danjou al entrar se apercibió de su emoción. Naïs, sobre todo, con sus vestidos de fiesta, su pobre cara demacrada y hundida bajo los bordados de oro de la cofia de Arlés, andaba furiosamente á través de la habitación y se encontró precisamente cara á cara con él, iluminada por el gran fuego bajo de las cepas que Charlon de rodillas trataba de encender.

—Conteste Ud. en seguida, señorito Enrique... le dijo con aliento entrecortado como después de larga carrera... conteste Ud. en seguida: ¿es verdad que mi hermana ha pasado la tarde leyendo con Ud. en la cabaña?

Al principio no comprendió. ¡Estaba tan lejos de sus pensamientos la imagen de aquella Zia y su historia! Pero se serenó en seguida y ante la ansiedad de aquellas buenas gentes, sobre todo imaginándose á la muchacha con sus grandes ojazos suplicantes, no vaciló en mentir, advertido secretamente que para la tranquilidad de todos debía empezar por hacerlo.

-Pues claro, querida Naïs, que su hermana ha pasado la tarde en la cabaña...

-¿Lo ves, mujer?... dijo Charlon alegremente.

Naïs, medio convencida, volvió á preguntar:

-Entonces, ¿hacía poco que había usted salido?

—¡Oh! sí, muy poco... Pero ¿á qué vienen esas preguntas?

—No se lo dirá á Ud.—murmuró Charlon, que en su alegría continuaba atestando la chimenea de cepas, con peligro de inflamar hasta el techo... Pero yo, mal que te pese, no puedo callarme, estoy demasiado contento... Figúrese Ud. que desde hace quince días, desde que volvió la muchacha, nuestra casa, donde tanto nos queríamos, se ha convertido en un infierno. Las mujeres disputan diariamente Naïs y la abuela hacen llorar á la pequeña por su buen día, y finalmente, tiene usted á Mamette que la acusa de haber pasado toda la tarde del domingo... adivine usted dónde. En casa de Arlatán... ¿A qué iba á ir Zia á casa de Arlatán, vamos á ver? Hace ya tiempo que el hermoso moreno no tira á las golondrinas y que ha renunciado al mujerío para ocuparse sólo de botica... Lo que no impide que Naïs esté eolérica, exponiéndose á que la dé un ataque como la otra vez... Felizmente, sus palabras de Ud. la han calmado... ¿Qué, Naïs?

Siempr e acurrucado ante el fuego, la tiraba dulcemente de su toca azul rey; pero sin ocuparse de él, como tampoco de Miracle, que se le oía en la obscuridad de la noche, á la puerta, lamer una escudilla de agua fresca y pan de perro, Naïs le decía reteniendo sus lágrimas:

-¡Ah! señorito Enrique, si Ud. supiera

qué tormentos me proporciona esta muchacha... No tiene padre ni madre; á nadie más que á Mamette, la abuela que está ciega, y á mí, la hermana mayor, casi siempre lejos de ella... Así es que no la he sabido educar. La quiero como si fuera hija nuestra; pero me teme y no puedo saber ni lo que tiene ni por qué está tan triste. ¡Ay! cuando pasa horas y horas á mi lado, callada siempre, como mirando dentro de sí, la machacaría en un mortero para saber qué piensa. Porque es de pensar de lo que está enferma la pobre, hacer daño no es capaz; por lo menos, eso creo, y eso cree también el señor cura.

-Entonces hubiera debido dejarla hacer su buen dia, dijo Charlon levantándose.

—Pero, papanatas, si sabes perfectamente que esta última vez fué la pequeña la que no quiso... se encontraba muy indigna.

Naïs continuó dirigiéndose á Enrique:

-Mi pobre hermana tiene al parecer una enfermedad que se llama... ¿cómo la llama el señor cura?... ¡ah! la enfermedad del escrúpulo.

Charlon la interrumpió alegremente:

—Sea lo que quiera; ya que sabes que la pequeña no estaba en casa de Arlatán, me vas á hacer el favor, al entrar, de abrazaros muy fuerte, y volvamos á la vida de antes. ¡Es muy triste la vida en las casas pobres cuando no hay cariño en ellas!

El fuego llameaba con gran viveza, la mesa del Franciot estaba puesta; Charlon cogió por el talle á su fea querida y la condujo hacia su masía al compás de un aire de farándola popular en toda Provenza:

> -Madame de Limagne baila caballos de cartón.

Volvió por la noche, pero con Zia. Enrique leía al lado de la lumbre, bajo el caleil, y respondía por monosílabos; de tal manera estaba absorto en la lectura.

En un momento que Charlon fué á llenar las vasijas al pozo común, una antigua noria situada entre la cabaña y la masía, Zia y Danjou se encontraron solos. La muchacha pasó dos ó tres veces cerca del libro, y de pronto, cogiéndole la mano con fuerza irresistible, la llevó á su boca violentamente. La dulzura de sus labios y el candor del agradecimiento enternecieron al joven. Tuvo necesidad de todo su valor para retirar la mano y decir severamente:

-Me has hecho decir una gran mentira, hija mía; lo que hace falta es que no vuelvas á empezar, porque no volvería á mentir otra vez...

Estaba enfrente de él, humildemente y sin contestar. Por la puerta que el guarda dejara abierta, se oía el chirrido de la cadena del pozo y el chorro de agua en la obscuridad. Danjou continuó:

UNIVERSIDE QUE MURIO ESUR BIOLIDITE COMMENTARIA "ALT MOD RETES" "IN 1625 MONTERREY, MEXICO —¿A qué has ido á casa de ese hombre? Porque allí estabas y acababas de salir cuando llegué. ¿Qué ibas á hacer allí puesto que tu hermana te lo había prohibido?

Los ojazos negros de la muchacha le miraban fijamente, con espanto, afligidos é inmóviles, atravesados únicamente por un rayo de indignación al preguntarla si por casualidad aquel viejo buho tendría la idea de ser su galanteador, su cortejo.

—¿Verdad que no, verdad que es imposible? Entonces, ¿qué te llevaba á casa de ese vendedor de bálsamo verde? ¿No puedes decírmelo?... Pues bien, yo lo sé... yo lo he adivinado.

La muchacha temblaba de tal manera, que tuvo que apoyarse en la silla en que estaba él sentado. Danjou dejó caer el·libro, y acercándose á ella, la dijo en voz baja:

-¿Has vuelto con tu enfermedad? ¿Has vuelto á ver cosas? ¿Es ó no verdad, eh,

Zia? ¿Di, hermana mía de fiebre y de miserias?... Y en aquel arrebato de desesperación, una noche en que no veías estrellas, en que la música de los felibres no te llegaba al corazón, te acordaste de los milagros de Arlatán y fuiste á pedir que te curase... ¿Verdad que esto que digo es cierto?...

Hasta entonces estuvo con la cabeza baja y haciendo señas, llorando sin ruido:

-Eso es... sí, eso es.

Pero al pronunciar Enrique las últimas palabras, sus pupilas brillaron llenas de lágrimas, con expresión de angustia y asombro, que él no comprendía, que no podía comprender en el arranque de piedad, en su deseo de volver la salud y la vida á aquel alma de niña herida tan misteriosamente. Deseo tanto más vivo, que al animarla se reconfortaba él mismo, y al decir á Zia: "No desesperes, chiquilla; esto no es más que una prueba, una cri-

sis que pasará", era su propia pena la que animaba.

Por desgracia, cuando volvió Charlon y se marchó con su cuñada, el amante de Magdalena no pensó más que en su querida, y el martirio volvió á empezar. Trató de leer, volvió á abrir el poema de Aubanel por el admirable canto que la aparición de Zia le interrumpiera hacía poco: Desde que se marchó y murió mi madre... pero al llegar á los últimos versos: ¡Oh! qué hermoso es dormir en los apriscos sobre las hojas.-Dormir sin soñar en medio del rebaño... la página temblaba, se enturbiaba; y en lugar de ver una estrella entre las líneas como Zia, era Magdalena Ogé de los Recreos la que se aparecía arrastrando sus oropeles de teatro en el pesebre de Arlatán y entre el olor del ganado. ¡Dos dias en plena campiña con el vaquero, preciso era que sus gustos fueran de salvaje! ¡Oh! irse en compañía de los pastores-estarse tendido todo el dia y oler la menta silvestre...

Cerró colérico el libro y pensó que lo mejor era dormir. ¡Pero la cama nos hace tan soñadores y tan cobardes! Apenas echado, la incertidumbre le invadió. Debía haber tantas extranjeras en las arenas de Arlés aquel día de fiesta! ¿A qué pensar que fuera precisamente aquélla? Arlatán no le había hablado de actriz ninguna... De todas las pruebas acumuladas hacía un instante, ni una quedaba en pie; pero un minuto después, todas las sospechas le asaltaron, produciéndole en la cabeza, hacia las sienes, como el rumor y el negro aleteo de una bandada de cuervos llegando á la vez de todas partes del cielo. Ella, era ella: y un sudor helado le inundaba.

Pasó la noche en aquellas angustias febriles, complicadas con la idea más torturante que todo. "La prueba está cerca de mí, no tengo más que dar un paso para tenerla." Era un suplicio terrible, agudo, tan punzante, que dos ó tres veces se levantó diciendo: "voy allá", entreabría la puerta, y no viendo la menor claridad en el cielo, volvía á emprender su horizontal velada entre tinieblas y torturas.

Sin embargo, à la madrugada se durmió y pasó del insomnio á un sopor fatigoso de alucinado. Era la Camarga, pero una Camarga de estio en la época de los albranes, cuando las charcas están secas y el blanco fango de los canales se agrieta por exceso de calor. De trecho en trecho los estanques humeaban como inmensas tinas que guardasen en el fondo un resto de vida que las agitaba, un burbujeo de salamandras, de arañas de moscas de agua, buscando los sitios húmedos. Rodeando esto, un aire de peste, una pesada bruma de miasmas que enturbiaba millares de mosquitos; y como único personaje en tan vasta y siniestra decoración, una mujer, Magdalena Ogé, con la cofia de Naïs y las mejillas hundidas y amarillentas, Magdalena bramando y tiritando al borde del mar, bajo el sol inexorable que abrasa á los calenturientos sin vívificarlos.

El paso de una bandada de madrugadores pájaros le libró de la pesadilla, sobresaltándole. La bandada volaba baja como hacia el fin de su etapa, y se dirigía al Vacarés. Buen pretexto que encontró el Franciot para ponerse las polainas, la canana, coger el fusil y marcharse de acecho hacia los terrenos de Arlatán.